

Hay hechos que agregan luces y sombras, según el consumidor. Por declaraciones del folclorista Cristino Tapia, él mismo habría servido de testigo de un matrimonio secreto celebrado en la casa que Gardel compartió con Isabel del Valle, en la calle Rodríguez Peña de la ciudad de Buenos Aires. No hay hasta el presente documentos judiciales al respecto; sin embargo, Cristino Tapia testimonió que el casamiento secreto fue obligado por los hermanos de Isabel del Valle, que tenía trece años cuando empezó sus relaciones sentimentales con Carlos Gardel en 1920. Asimismo, estando Gardel en Estados Unidos, ordenó por carta a su apoderado en Buenos Aires, Enrique Defino, que terminara de pagar la última casa adquirida en la calle Directorio y que la misma pasara a manos de la familia de Isabel del Valle.

Se han hecho públicas algunas cartas de Carlos Gardel a Isabel del Valle, y hay también referencias a ella en cartas de Gardel a sus amigos y al apoderado. En estas últimas dice a veces que no deseaba hacerle perder tiempo a Isabel, y en otras que quería «terminar con ella y su familia».

En 1935, después de la muerte de Carlos Gardel, Isabel del Valle, en un reportaje de la revista *El Hogar*, dijo que esperaba a su amado en julio de ese año para casarse con él. Las últimas fotografías de la estancia de Gardel en Buenos Aires lo evidencian en inculcable intimidad con Isabel del Valle, convertida definitivamente para las revistas del corazón en el «amor eterno» del cantante. Aunque después de su muerte menudearon las «revelaciones» sobre uno de los aspectos que más exaltaron mórbidas curiosidades: mujeres que contaron rocambolescas historias de amor con Carlos Gardel. Incluso hijos secretos del cantante que fantasearon con hilachas de la herencia mítica.

En verdad, hubo siempre una especie de complicidad inexplicitada entre amigos, testigos y biógrafos, con la actitud del propio Carlos Gardel. Quizá participe todos de no escritas leyes generales que hacen a los personajes destinados a cierta condición de míticos. Una recurrente tendencia al secreto... y a la «revelación» cuyo flogonazo alumbra de golpe aspectos que a la vez se oscurecen o se trasmutan; dudas, incertidumbres, luminosas certezas que nos devuelven —siempre— a la luna del disco para escucharlo de nuevo, cantando su tango inacabable.

La voz..., la voz, esa manera de cantar el viento en las cuerdas de la garganta... pero el viento de cada uno, individual, intransferible.

La voz, diferente, única de Carlos Gardel, barítono, que podía extenderse a registros de tenor y de bajo, sintetiza la obra de delicada fusión entre un arte y un destino. Barítono brillante, con los años su voz fue cambiando de color, volviéndose más aterciopelada y grave. Poseía cuerdas vocales de excepción, instinto de cantante, y clara conciencia de la importancia de cuidar la voz. Se acompañó a lo largo de su carrera con el tango de la ayuda de maestros de canto. Utilizó adornos vocales propios de la tradición operística para plasmar el tango-canción «nacido de su voz». Mas el suyo fue un uso temperamental de la técnica para expresar en vívida tesitura climas, hechos, personajes marcados fatalmente por su inconfundible gardeliana forma. Pautó la manera de frasear el tango, de emplear el *tempo rubato*, definiendo un modelo, hasta un espejo en el que debieron observarse todos los cantantes posteriores. En cada tango cantado por Carlos Gardel está



Mate y guitarra, su intimidad en España, año 1928

presente aquella intuición dramática instauradora de un clima que nos implica. Era tan notoria su expresividad en vivo, tan justa la manera de no demostrar esfuerzos ni agonías que los públicos de otros idiomas se le entregaron sin reservas. A falta del conocimiento de las letras, franceses, y gente de habla inglesa, tarareaban o silbaban los temas vocalizados por el cantante. Empresarios de la radio y del disco intentaron que Gardel interpretara en francés, inglés e italiano los tangos rioplatenses. Después de difíciles pruebas, el artista terminó negándose rotundamente: «Cómo voy a cantar palabras que no entiendo, frases que no siento. Hay algo en mí que vibra al sonido de palabras que me son familiares, que están hondamente arraigadas en lo más íntimo de mi ser; palabras que aprendí en mi niñez, que tienen el significado de cosas muy nuestras, imposibles de trasmutar. Mi idioma, señores, es el español... o mejor aún, el porteño...» Declaraciones hechas en Nueva York, cuando actuaba en la N.B.C. a principios del año 1934: Carlos Gardel, el artista internacional mejor pagado hasta entonces en Estados Unidos, donde estos datos cobran especial elocuencia.